

Dr. Atl

Montezuma red

Carlos Pellicer López

La pintura del Doctor Atl es reconocida justamente como uno de los pilares de nuestras artes plásticas. Su literatura —oral y escrita— todavía nos guarda sorpresas. En el siguiente recuerdo, Carlos Pellicer López recrea una anécdota del pintor y su fugaz encuentro con una mujer, célebre por la empresa de cosméticos que lleva su nombre. (El más famoso de sus matices para lápiz de labios —Montezuma red— da título al artículo). Juan Pellicer nos comparte la relectura de la obra literaria del artista, en especial de su novela Gentes profanas en el convento, donde la autobiografía se entreteje con una feliz e inagotable imaginación.

Recordar al Doctor Atl siempre será una fiesta. Su presencia era una alegría incomparable. Su cabeza, trazada con líneas clásicas, reflejaba la inteligencia que contenía y sus ojos brillaban con un azul intenso, luminoso, como los cielos que tanto gustaba pintar.

Con cierta frecuencia lo visitábamos en su casa o, alguna noche de invierno, aparecía para admirar el “nacimiento” en casa de mi tío. Pocos saben que justamente el color del cielo de la bóveda que cobijaba el “nacimiento” fue copiado de una muestra que el poeta le pidió al pintor. Las visitas a su casa-estudio, en la calle de Pino (que hoy lleva su nombre) en la colonia Santa María, eran, para mí y para todos, acontecimientos mayores. A pesar de mis pocos años, yo comprendía lo que miraba, lo que me rodeaba en aquellas horas mágicas. Caminar por el estudio, asomarme a los caballetes, admi-

rar los cuadros, verlo dibujar con carbón, gomas y navaja... verlo a él, chispeante y genial como Leonardo, fumando pipa o puro, contando las mejores historias, los “cuentos de todos colores”...

Siempre estaba acompañado de una o dos muchachas lindas, muy jóvenes, sencillas, de aire un poco pícaro, pero más provinciano. Alguna le acariciaba la hermosa barba, la mesaba suave, lentamente. El doctor seguía destellando. Aquello era un cuento vuelto realidad o la realidad hecha sueño.

Una tarde mi papá quiso corresponder a nuestros queridísimos amigos colombianos, Berta y Ernesto Gutiérrez, de paso por la ciudad, y concertó una cita con el Doctor, en su casa. Era el año de 1959 o 1960. A media tarde tocamos el gran portón de hierro gris y vidrios de gota. El pintor nos esperaba con sus dos siempre



Dr. Atl, *Casas con pirules*, lápiz y carbón sobre papel, s/f



Dr. Atl, *La caldera*, tinta china sobre papel, s/f

fieles y siempre diferentes niñas. Luego de las presentaciones, nos sentamos abriendo un semicírculo frente a los caballetes y un gran sofá desvencijado, donde el Doctor descansaba por momentos. Creo que en aquella ocasión nos mostró los estudios para la serie de los volcanes de México, proyecto que nunca terminaría para el Hotel Casino de la Selva, en Cuernavaca, Morelos.

Así desfilaron el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote, el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl, el Nevado de Toluca y el Volcán de Colima, los amigos de infancia del pintor, los cuates de toda la vida.

Aquella visita tenía, además, otro objetivo. Ernesto Gutiérrez era entonces rector de la Universidad de Caldas y quería invitar al Doctor a pasar una temporada en Manizales, como artista residente, para que pintara, ni más ni menos, lo que se le diera la gana. Ernesto sabía que nadie como Atl podría retratar aquellas montañas, aquellos paisajes infinitos, prácticamente inéditos.

El Doctor aceptó con gusto la invitación, haciendo algún comentario sobre los Nevados del Ruiz y del Tolima, primos hermanos de los que acabábamos de contemplar, pero explicó que mientras no terminara los volcanes de México, era imposible fijar una fecha para continuar con los colombianos.

Y la conversación seguía... Yo nunca he conocido otro conversador como el viejo Atl. Inagotable, deslumbrante, con una inventiva que algo dejan ver sus cuentos y novelas. Pero nada como estar frente a él, escucharlo improvisando, tejiendo la palabra, encantando al público.

No recuerdo cómo, pero se llegó al tema de la Atlántida. Yo no sabía entonces que el Doctor había publicado un libro sobre el tema en 1947. El viejo hablaba como si ayer mismo hubiera estado ahí, discurriendo por las ciudades antes del cataclismo, describiendo con detalle los templos y palacios, las termas y estadios, las grandes avenidas y los puertos.

En su último viaje a Europa, en 1953, había estado muy cerca de las ruinas, pero más aún, de su rescate.

La narración comenzó con el adiós del pintor a Madrid. Se embarcó en uno de aquellos Super Constellation, tetramotores de hélice, legendarios por su radio de acción y por su línea inconfundible. Su compañera de asiento, una mujer de espléndido porte y que dejaba ver todavía una belleza madura, ocupaba la butaca del pasillo. Naturalmente, viajaban en la cabina de primera clase, así que la champaña no se hizo esperar y el obligado brindis los acercó. Después, él se asomó por la pequeña ventana para admirar las tierras ocre y pardas, de mil tonos, bordadas con pasamanería de olivares.

Atl no quería perder la ocasión para mirar desde lo alto las ruinas sumergidas de la Atlántida. Así que se disculpó con su compañera de viaje, que también hablaba buen francés, por darle momentáneamente la espalda. Pero ella se interesó de inmediato por el tema y él trató de resumir, en pocas palabras y otros tantos tragos de champaña, la elemental información. En unos minutos sobrevolarían el estrecho de Gibraltar, las Columnas de Hércules, y estarían en el mejor punto para observar las célebres y misteriosas ruinas. Él ofreció intercambiar asientos para que ella tuviera la mejor vista y así pudo comprobar que el pecho de ella era fuerte y generoso.

Los islotes se distinguían nítidos, perfectos; a su alrededor el mar se clareaba dejando ver restos de color que iban del ocre dorado a una extensa gama de turquesas.

—Vea *madame*, es lo que queda de la Atlántida — señalaba el pintor a la sorprendida dama.

En unos minutos el avión se internó en el océano y, los nuevos amigos, en otro mar igualmente vasto, un interminable diálogo de preguntas femeninas y varoniles respuestas.

Poco a poco el Doctor explicaba, ilustraba citando a Platón y Gilgamesh, dibujando, sobre su cuaderno de notas, un mundo de información que llegó, para mayor sorpresa de ella, a incluir nombres aztecas. ¡Era demasiado!

Ella permanecía largos ratos con la preciosa boca, de un carmín intenso —Montezuma red— entreabierta, dejando escapar un suspiro o un destello de su dentadura impecable. Apenas una palabra, una interrogante: ¿por qué? Su inquietud era por qué no se investigaba, por qué no se organizaba una expedición para aclararlo todo, de una vez y para siempre.

El Doctor la miró con los ojos más azules que el cielo y el mar, para entrecerrarlos por un momento y contestar.

—*Madame*, usted me ve, sólo soy un pobre hombre, sin ningún recurso...

Ella guardó silencio de nuevo. Sus bellos ojos, perfectamente enmarcados por un maquillaje sabio y puntual, relampaguearon con su decisión.

En silencio buscó y al fin desplegó una chequera que parecía salir de las fauces de un cocodrilo. Ni una palabra. Se apoyó en la mesita y con una pluma de oro garrapeó un cheque. Lo desprendió y lo puso en las manos de él. Eran muchos ceros en la cifra, pero la palabra escrita lo aclaraba todo: *One million dollars*.

—Tú eres el único que puede hacerse cargo de organizar la exploración —le dijo ella.

Él, de un brinco, rechazó el cheque; pero ella, con energía lo dobló y lo metió en el bolsillo de su saco. Para acallar otra protesta, lo besó con una mezcla de energía y ternura que surtió los efectos deseados: él quedó lleno de ternura y energía... y guardó el cheque y el silencio.

Pasaron algunos minutos de nubes silenciosas, monumentales. Entonces ella volvió a hablar. Quería saber todo sobre él. No fue posible, ni por las doce horas del

vuelo, ni por el caudal inagotable de noticias que dio el pintor sobre su vida. Desde Guadalajara hasta Roma, pasando por la Revolución y los batallones rojos, sus libros sobre la arquitectura colonial y las artes populares, las recetas de cocina compartidas con Benito (Mussolini) y las de pintura con quien se acercaba a sus andamios; en fin, él habló cuanto pudo y ella escuchó casi cuanto quiso.

Aterrizaron en Nueva York. Ella vivía allí. Él seguía el viaje a México. Sus vidas se habían reunido, por unas horas, en las alturas, sobre las ruinas de la Atlántida. Ahora reanudarían sus caminos.

La tarde acomodó sus últimos grises donde pudo. Apenas una nube, por un instante, dejó caer una pincelada de inusitado carmín.

Ella se enfiló con los pasajeros que desembarcaban. Él, apoyado en sus muletas, le guardó discreta compañía.

—Nos vamos a ver muy pronto —dijo ella, y alargando una tarjeta, añadió:

—Ni siquiera sabes cómo me llamo.

El Doctor, sonriente, alcanzó a leer: Elizabeth Arden. Metió la tarjeta en el bolsillo del saco y tanteó el otro papelito. Sacó el cheque y, sin más, lo rompió en dos pedazos. Lo devolvió y le dijo:

—Te lo agradezco de corazón, pero el mismo corazón me dice que no debo enredarlo con dinero.

Esta vez, él se acercó a besarla.

Dio media vuelta y arrastró su pierna por entre la multitud de viajeros.

Cuando terminó aquella historia, el Doctor nos recorrió con una mirada triunfal y remató:

—¡La libertad no tiene precio!



Dr. Atl, *Casas con milpa seca y pirules*, carbón sobre papel, s/f